

Juan Uribe Echevarría

Una nueva revista: "Hora de España"



EN esta hora larga y tremenda que vive España, una a veces, de la triste lectura de los cables repletos de muertes anónimas, pasa a preguntarse y a preguntar por la suerte de los intelectuales y artistas españoles.

A Unamuno ya lo sabemos muerto y vivo como nunca. España trata de resolver hoy en día el caso Unamuno. Manuel de Falla, loco según unos y según otros terminando una ópera: «La Atlántida». Federico García Lorca, el que más debió vivir, se ha hecho escuchar en el Teatro Municipal de Santiago por miles y miles de oyentes. Pío Baroja sigue en sus trece. Respondiendo apenas de sí mismo. Ni de aquí ni de allá. Unamuno era de aquí y de allá. Baroja, sin embargo, hace falta en Madrid. Con su ausencia perdemos el más rico anecdotario de la lucha, y una mirada se aproxima al fiel de la balanza. De su hermano Ricardo nada sabemos. Azorín busca refugio para su hipersensibilidad en los museos y en las iglesias modestas de París. Ortega y Gasset parece esperar el juicio de Dios, sometido a un voluntario silencio. Mientras tanto dicta clases de filosofía en las universidades holandesas, invitado especialmente por Hui-zinga. Sabemos de José Bergamín y sospechamos la muerte de Ramiro de Maeztu y de Antonio Espina. Ramón Gómez de la

Serna medita sobre las ametralladoras en la ciudad de Buenos Aires. Pero ¿y Pérez de Ayala?, ¿Gerardo Diego?, ¿Fernando Vela?, ¿Benjamín Jarnés?, ¿Antonio Marichalar?, ¿Corpus Barga?, ¿Cernuda?, ¿Juan Larrea?, ¿Vicente Aleixandre?, ¿Xubiri?, ¿García Morento?, ¿Luis de Zulueta?

¿Qué suerte han corrido los músicos y los plásticos? Maruja Mallo ha logrado llegar a Buenos Aires. ¿Y Haffer, Turina, el Padre Donostia, Salazar, Solana, Benjamín Palencia, Alberto, etc.? ¿París? ¿Buenos Aires? ¿Nueva York? Algún día habrá de estudiarse las influencias que dejarán o recibirán estos españoles fuera de casa.

«Hora de España», revista editada en Valencia nos hace dar un breve respiro. La revista es magnífica de presentación y colaboración: Antonio Machado, Rafael Alberti, José Bergamín, Dámaso Alonso, Rosa Chacel, José Gaos, Tomás Navarro Tomás, Manuel Altolaguirre, León Felipe, etc. Tenemos a la vista los cinco primeros números. Nuestra sorpresa y regocijo han sido mayores, al constatar la noble serenidad con que ésta generación—en su mayoría posterior a la del 98—estudia y medita sobre los exigentes problemas del momento español.

El título de nuestra revista lleva implícito sus propósitos, estamos viviendo una hora de España de trascendencia incalculable acaso su hora más importante...

Al decir «Hora de España», afirmamos que es hora suya, pero no que sea su hora.

Es cierto que esta hora se viene reflejando en los diarios, proclamas, carteles y hojas volanderas que día por día flotan en las ciudades. Pero todas esas publicaciones que son en cierto modo artículos de primera necesidad, platos fuertes, se expresan en tonos agudos y gestos crispados. Y es forzoso que tras ellas vengan otras publicaciones de otro tono y otro gesto, publicaciones que, desbordando del área nacional, puedan ser entendidas por los camaradas o simpatizantes esparcidos por

el mundo, gentes que no entienden por gritos como los familiares de casa, hispanófilos, en fin, que recibirán inmensa alegría al ver que España prosigue su vida intelectual o de creación artística en medio del conflicto gigantesco en que se debate.

No deja de ser interesante el verificar cómo gran parte de esta juventud formada en la Universidad Central de Madrid y en la «Revista de Occidente», conocedores de idiomas y filosofías; expertos en Góngora y en el superrealismo, se encuentran de repente con el pueblo delante de ellos, como un animal de resorte. Hoy en día todos quieren decir lo que es, ha sido y será España.

Voces viejas y nuevas, competentes y sabias, llenan las páginas de la revista.

Antonio Machado encabeza el primer número con los profundos consejos, sentencias y donaires de Juan Mairena y de su maestro Abel Martín:

«No olvidéis que es tan fácil quitarle a un maestro la batuta, como difícil dirigir con ella la quinta sinfonía de Beethoven.

«¡Revolucion desde arriba! Como si dijéramos—comentaba Mairena—renovación del árbol por la copa.

«Cuando los hombres acuden a las armas, la retórica ha terminado su misión. Porque ya no se trata de convencer, sino de vencer y abatir al adversario. Sin embargo, no hay guerra sin retórica y lo característico de la retórica guerrera consiste en ser ella la misma para los dos beligerantes»...

Rosa Chacel aborda en su ensayo «Cultura y pueblo», uno de los problemas fundamentales del siglo. Se aprecia en este trabajo como en los restantes, una independencia notable dado el momento.

«Una revolución no se repite como un texto de historia en

diferentes aulas; la vive un pueblo y ningún otro puede volver a vivir la misma;

«La revolución española carecería de razón vital si no tuviese un porqué inédito, si no tratase más que de implantar en nuestra patria las perfecciones ya logradas por otro pueblo».

Rosa Chacel abomina del romance como expresión poética del momento:

«Si todos estamos de acuerdo, y ha llegado a adquirir firmeza tónica», el arte es uno, «es preciso reconocer que la técnica es una, y que una brigada motorizada no puede recitar su gesta en romance sin convertirse en el monstruo de anacronismo más anfibio. Esto no admite discusión: el romance y el pentamotor no pueden coexistir con una obra».

Asistimos a una resurrección de la gloria literaria de don Benito Pérez Galdós, el mismo Pérez Galdós a quien la generación de la «Revista de Occidente» le achacaba un talento excesivamente municipal. Rosa Chacel es el portaestandarte de esta vuelta a don Benito.

«El novelista es hoy en día el único escritor que puede ser popular sin disfrazarse de pueblo, en España desde Galdós hasta ahora, no ha habido ningún gran novelista».

«Realismo, anarquismo—esencias íntimas del alma hispana—integran el horizonte que se columbra en el pensamiento actual».

José Bergamín el actualizado director de «Cruz y Raya», y discípulo de Unamuno, mejor dicho, de una parte de Unamuno del Unamuno paradójico, cristiano, y jugador de palabras: nos dice cosas interesantes de su maestro:

«Miguel de Unamuno no tenía un desemboque real. Su fuego no era, quizás, de este tiempo; pero era fuego, y como tal era vida. En el número V, Bergamín nos brinda un ensayo

magistral, en ese su estilo arcaizante y refranero, sobre Goya y Picasso: «Pintar como querer».

Un carácter informativo y de historia literaria tiene el ensayo de Amado Alonso; «La injusticia social en la literatura española».

«Un batallón no es un específico ni un licor. Un batallón no puede anunciarse; la guerra no es una marca de automóvil», dice Ramón Gaid, pintor a José Renau cartelista.

José F. Montesinos dedica un excelente ensayo al estudio de Unamuno, su maestro:

«La obra de Unamuno no es la de un hombre del 98, si hombres del 98 son Azorín, Baroja o Valle Inclán. El voluntario provincianismo de Unamuno, y su inmensa lectura le acercan al siglo XX o le separan de él».

«Las lecturas españolas que dejan huella de la obra de Unamuno son sobre todo religiosas. Muchos libros de ascética y mística, de historia monástica, como la «Historia de la Orden de San Jerónimo», de Sigüenza, algunas obras de teólogos y moralistas»

«Es el hombre español formado entre los dos últimos siglos, contradicción hecha carne. Asiente y disiente, aboga por lo mismo que combate. Parece como si sintiera el halago de casi todo aquello que le repele, y que necesitara del antagonismo para afirmarse a sí mismo».

«Desde el siglo XVIII, el español ha empleado más tiempo y más energías en justificarse que en corregirse».

«¡Respeto a la muerte de Unamuno, españoles!»

María Zambrano, a quien tuvimos el honor de conocer en Chile, dedica unas páginas substanciosas y claras al tema de «El español y su tradición».

«Nunca está solo el pueblo, pero ha permanecido peor que solo mucho tiempo en España: mal acompañado. Todavía había gentes—estas de la tradición—que se dirigían a él teniéndolo como suyo. No suyo porque creyeran en su adhesión, sino

suyo como cosa, como objeto. Y algunos intelectuales revolucionarios—sedicentes revolucionarios, como los otros se decían tradicionalistas—se permitían igualmente hacer al pueblo objeto de sus discursos y elucubraciones».

«Caso típico: Miguel de Unamuno; creía que él era España y por eso no temía equivocarse ni creyó que tendría que dar cuenta a nadie; él mismo era el tribunal y el pueblo».

«Y en estas peleas sangrientas, el español anda buscándose a sí mismo. Da su vida para ver quién es y qué es».

En el número IV, Rosa Chacel defiende la personalidad de José Ortega y Gasset:

«En «La rebelión de las masas», puede encontrar el pueblo, es decir, el hombre que con una limpia prosapia de humanidad se disponga a beber la clara visión del tiempo nuevo, puede encontrar estimación más acendrada, promesa de porvenir más dilatado y excelso que el noventa y nueve por ciento de las teorías propugnadoras de la salud social que hoy en día se acreditan».

Los cinco primeros números de «Hora de España», hablan muy alto de la calidad y la serenidad de los intelectuales españoles en ella agrupados. No se les nota miedo ni odio. Coraje, sí, pero un coraje reconcentrado y de gran fuerza moral. Todos o casi todos ellos necesitaban un tema mayor para dispararse, algo que los conmoviera y angustiara. El momento se ha producido y cuesta torrentes de sangre. Esperemos que traiga algún provecho.